

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON

para la Hermandad de Nuestra Señora de la Cuesta en Santurde,
15 de Setiembre de 1888.

«Custodite verba pacti
hujus, et implete ea, ut
intelligatis universa que
facilis.»

DEUT. 20.

(Continuacion.)

Otro fin debeis intentar con todas vuestras fuerzas bajo el patronato de la Santísima Virgen, y es la práctica de las virtudes cristianas. No basta detestar el mal sino que es necesario practicar el bien; no basta desterrar el pecado sino que es preciso amar la virtud; no basta dejar de ser pecadores sino que es indispensable llegar á ser justos, obreros de la virtud, observantes de la ley de Dios, cosecheros de buenas obras y celosos de vuestra eterna salvacion. No basta decir: yo no soy

malo, porque es necesario ser bueno. No basta decir: yo no hago mal á nadie. Muchos hay que con esto se creen buenos y justificados porque no hacen mal al prójimo. Pero yo les pregunto: Por ventura ¿está encerrada toda la ley de Dios en no hacer mal al prójimo, esto es, en no causarle daños materiales en su persona, vida y hacienda? ¿No hacen daño al prójimo los que murmuran y calumnian? ¿los que descubren los defectos del prójimo y juzgan temerariamente sus acciones? ¿los que le aborrecen en su corazon y destrozan su honra y desean su ruina? ¿No hacen mal á nadie los que dan mal ejemplo y escandalizan á los pequeños, con palabras libertinas y acciones reprobadas? ¿No hacen mal á nadie los que ofenden á Dios y le roban su gloria? ¿No hacen

mal á nadie los que se dañan á sí mismos, descuidando su eterna salvacion, y labrando con su abandono la ruina de su alma que ha costado la sangre de un Dios? ¡Ah! Yo me atengo á las palabras de Jesucristo y ellas me dicen que es bueno y digno de su reino el que *creyere y obrare*, el que cree todo lo que nos enseña y practica todo lo que nos manda, que es necesario atesorar virtudes y buenas obras en la tierra para gozar el tesoro de la gloria en el cielo; yo estoy por el testimonio del Evangelio segun el cual el verdadero cristiano ha de darse á conocer por sus virtudes y buenas obras como el buen árbol se dá á conocer por sus flores y por sus frutos; yo escucho la voz del apóstol San Pablo y de todos los apóstoles que predicán la piedad, las virtudes y buenas obras como indispensables para ser buenos, como necesarias para ser felices en el tiempo y alcanzar las dichas inefables de la eternidad. No hay sabiduría contra la sabiduría de Dios, no hay ciencia contra la ciencia de Jesucristo, no hay enseñanza contra la enseñanza de los Apóstoles. Si alguno enseña otra cosa contraria á la enseñanza de los Apóstoles, á la ciencia del Evangelio, á la sabi-

duría de Jesucristo, ese es un ignorante y un malvado. Rechazadle, anatematizadle, porque perdido él, y perverso de corazón quiere pervertir y perder á los demás. Lograris ser buenos, virtuosos, y por consiguiente felices si cultivais la devocion de la Virgen, y acudis á su maternal corazón en todas vuestras necesidades espirituales. Porque sin la luz de la gracia somos ciegos, sin la fuerza de la gracia somos débiles, sin la soberana virtud de la gracia somos radicalmente impotentes para el bien, para la virtud, para todo pensamiento saludable, y para toda obra meritoria en el órden sobrenatural de nuestra eterna salvacion. Ahora, si queremos obtener esta gracia de luz, de fuerza, y de sobrenatural eficacia es preciso que acudamos á María por que Dios ha puesto en su mano la llave de sus tesoros, y así como ninguna línea sale del centro que no pase por la circunferencia, ninguna gracia sale de Dios, centro infinito de todas las gracias que no pase por la mano de la Virgen. Oídlo una vez más: El que pretendiese alcanzar de Dios una gracia, un favor, un consuelo sin contar con María, sería lo mismo que si pretendiese volar sin alas. Otro de los fines que deben

proponerse los devotos de la Virgen es conseguir una muerte preciosa como la muerte de los justos. Llegará para todos esta hora solemne, este momento trágico en que recibirá solución eterna el problema de nuestra vida. Y entonces, cuando la muerte se acerque á nosotros con su rostro sañudo, con sus ojos de ira y con el brazo levantado para destruir nuestra existencencia terrestre; cuando el sepulcro se abra para recibir nuestros mortales despojos; cuando todos los horizontes se cierren á nuestra vida, y sea preciso abandonar este mundo sin quedarnos otra cosa que nuestra conciencia y nuestras obras para presentarnos ante el tribunal de Jesucristo, ¿de dónde nos vendrá el auxilio? ¿Quién nos consolará? ¿Quién nos dará luz en aquellas tinieblas, aliento en aquellos trabajos, fortaleza en aquellas amarguras, y la palma del triunfo en aquellos supremos combates?

Mirad á la estrella, confiad en María porque ella es la Patrona de los agonizantes. Si en todos los trances de nuestra vida se muestra solícita y cuidadosa de nuestro bien, confiad que en el trance mas peligroso de nuestra existencia, en la hora de la muerte estará á nuestro lado, velará nues-

tra agonía, fortalecerá nuestro corazón, recogerá nuestro postrer suspiro y acompañará nuestra alma en su viaje á la eternidad. Ahora cuando la salud nos regala con sus dones, cuando nos hallamos fuertes y robustos, apenas pensamos en la muerte, vivimos enfrascados en los afanes y negocios de la tierra como si nunca hubiésemos de morir; olvidamos que la muerte es un eco de la vida, que mueren en pecado los que en pecado vivieron, que de ordinario la muerte de los pecadores es desastrosa así como la muerte de los justos es como su vida, preciosa á los ojos del Señor y de sus ángeles, olvidamos que el pecado es el sumo mal, el puesto caso que nos priva del sumo bien, y nuestra mayor desgracia, la única desgracia digna de nuestro dolor y de nuestras lágrimas, dado que ella es la causa de todas nuestras desgracias temporales, y de nuestra eterna desventura; olvidamos todo esto que nos pierde y olvidamos todo lo que puede salvarnos. Porque no se alcanza un fin, sin aplicar los medios adecuados y eficaces. Y nosotros queremos ser felices, pretendemos ser salvos en la vida, en la muerte, y mas allá del sepulcro, queremos llegar al país de la dicha por cami-

nos torcidos que conducen á la perdicion. ¿Cómo ha de haber virtudes en los individuos, piedad y armonía en las familias, y moralidad en los pueblos si no se practica la Religion? ¿Cómo se pretende que lluevan venturas y bienandanzas sobre los pueblos prevaricadores, ingratos á Dios, violadores de su ley, y rebeldes á su voz? ¿Cómo espera salvarse el que deshonra su fé con malas obras, y vive siempre en pecado, generador de la muerte eterna? ¿Qué fin han de tener los que no oran, ni cultivan la devocion de la Virgen, ni confiesan ni comulgan sino una vez al año sin dolor, sin disposiciones, con riesgo manifesto de recibir la muerte en vez de recibir la vida en las fuentes de la vida? Hijos de los nombres ¿hasta cuándo sereis ciegos de espíritu y pesados de corazon? Oid, cielos, y tú, tierra, escucha esta palabra porque vuestra Reina y Señora, la Madre de vuestro Criador ha hablado y se queja diciendo: Hijos crié y ensalcé, y ellos me han despreciado. Desprecio es y ultraje horrendo la blasfemia que reina entre vosotros; desprecio es la profanacion de los dias festivos; desprecio es la falta de asistencia al Rosario y á las fiestas de la Señora; desprecio es y ultraje hor-

rendo el ódio y los rencores entre vecinos, la murmuracion y la calumnia entre hermanos; desprecio es y escárnio espantoso ese lenguaje obsceno, y ese satánico cinismo con que se hace alarde del pecado y se celebran las cosas mas torpes; desprecio es amar con tanto ardor los bienes de la tierra, y olvidar los bienes del cielo, ganados á tanta costa para nosotros por la sangre del Hijo y las lágrimas de la Madre. No agravemos nuestros males presentes, que son muchos, con desórdenes y pecados que han de traernos necesariamente otros mayores. Acudamos al corazon maternal de la Virgen contritos y humillados á fin de que la misericordia sustituya á la justicia de Dios que tan duramente pesa sobre los hombres, sobre los pueblos, y sobre esta infeliz España, tiranizada por la herejía, y explotada por la ambicion. Sed devotos de la Virgen de la Cuesta, y todo lo costoso se hará fácil, las espinas se tornarán flores, el árbol seco reverdecido por la gracia dará frutos sabrosos, el campo de las almas se cubrirá de espléndidas mieses, y con los alientos que dá la gracia, y con la gracia que os dará la Virgen subireis animosos la cuesta de la virtud, y llegareis á descansar en

la cima resplandeciente del monte
santo de la gloria. Z. M.

VARIEDADES.

El Báculo del Monje.

Un anciano monje, agobiado por la edad y los trabajos, veía llegar el fin de su destierro sobre la tierra. Nada le detenía ya en este mundo, del que su corazón estaba hacía mucho tiempo desasido; todos sus pensamientos eran para Dios y la patria celestial. Nadie, por lo demás, tenía nada que reprocharle por haber sido siempre un religioso ejemplar. Sin embargo, en uno de los últimos días de su vida pareció que deseaba alguna cosa de esta tierra.—«Padre mío, dijo al Prior, todavía tengo un favor que solicitar de vuestra bondad.»—«¿Cuál es, mi querido Padre? dijo el Prior; hablad sin temor.»—«Traedme mi báculo.»—«¿Vuestro báculo? ¿Y para qué? Ya no podeis levantaros, ¿qué necesidad teneis de un báculo, Padre Urbano?—«Deseo tenerle cerca de mí,» dijo el anciano.—«Singular idea, repuso el Prior, parece que nuestro anciano Padre vuelve á ser niño; pero como no hay ningún perjuicio en darle gusto, tráiganle su báculo.»

Al verlo el anciano se levanta, extiende la mano para cogerle, y dos lágrimas surcan sus demacradas mejillas. Los religiosos se miran asombrados.—«No os admireis, dijo el anciano monje, no sabeis lo que me recuerda este pobre báculo.»—Y prosiguió con voz lenta:—«Cuando era joven ayudaba á mi padre, molinero de la aldea. La cosecha era magnífica, y alegres los paisanos habían

amontonado por cientos los pesados y hermosos haces. Los graneros rebosaban de trigo, y ya los sacos se amontonaban en el molino.

Las primeras lluvias de otoño habían llevado el agua en suficiente cantidad y el molino trabajaba día y noche. ¡Qué contento estaba mi padre! Había trabajo abundante para todo el año, y al mismo tiempo gozábamos de muy buena salud. ¡Ah! hermanos míos; no os apeguéis á los bienes de este mundo, que apenas poseídos desaparecen. Unas lluvias sucedieron á otras, ¡y qué lluvias! un verdadero diluvio; el torrente creció, asolando el campo y arrastrando consigo restos de todas clases. En vano intentamos apartar el agua del molino; las olas furiosas todo lo invadían, rompiendo las ruedas, mirando las paredes y cubriendo toda la llanura. Quedamos prisioneros como en una isla.

El molino se agrieta, los muros ceden, crujen las vigas y el edificio va á hundirse sobre nosotros. Es necesario huir, ¿pero á dónde? Asidos de algunas tablas, frágil balsa, intentamos franquear las olas; vanos esfuerzos, la corriente impetuosa nos arrebató y vamos á perecer. La ola nos impulsa contra un viejo sauce medio destrozado por la tempestad, agárranse á él nuestras manos con la energía de la desesperación. Dirigimos nuestra vista por toda la campiña por ver si vienen á socorreruos. Mas el viejo sauce se inclina hácia las ondas; un poco mas y cederá. «Es demasiado nuestro peso,» me dijo mi padre, este árbol no puede ya soportar sino una sola persona. Tu eres joven y yo soy viejo, preferible

es que tu vivas. En cuanto á mi, que Dios se compadezca de mi alma. Adios. ¡Ojalá seas feliz sobre la tierra; acuérdate de tu padre que tanto te ha amado!» Y soltó la rama que erujía.... Extendí las manos para detenerle, pero desapareció en las olas....»

A estas palabras, la emoción del anciano monje le obligó á detenerse un instante. Despues prosiguió: «El árbol me sostuvo el tiempo necesario hasta que pudieron venir á socorrerme. Quise conservar un fragmento de este árbol; testigo de la muerte de mi padre y de su amor hácia mí: y aqui lo teneis en este báculo. Ha sido el compañero de mis apostólicos viajes y el apoyo de mi vejez. Mucho tiempo he vivido en este pacífico cláustro al abrigo de las tempestades de la vida mundana, y ahora voy á reunirme con mi padre en una patria mejor. Véanse soldados que piden ser enterrados con su espada; en cuanto á mí, os suplico encerreis con mi cuerpo este báculo en mi ataúd. No recuerda los combates, sino el amor, y pareceme que el sacrificio de mi padre me protegerá en este naufragio de la muerte.»

Poco despues murió llorado de todos, y cumpliendo su deseo, su báculo de sauce, al que debía la vida, le acompañó al sepulcro.

— — — Dos hermanas.

—¡Mamá, mamá, un pedacito de pan; tenemos mucha hambre.

La pobre madre era viuda hacia dos dias, y sus seis hijos lloraban.

Fué á buscar á su hermana y la dijo

con timidez:—Hermana mía, te suplico me ayudes socorriendo á mis seis huérfanos.... Tú estás en la abundancia y yo nada tengo. Cuanto hagas por mis hijos lo habrás hecho por Dios, que te lo recompensará segun El mismo lo ha prometido.

Y la viuda lloraba.

—¡Cómo! hermana mía, ¿no me respondes? ¿acaso no eres mi hermana? ¿no eres cristiana, ni iremos tampoco á Misa á rogar juntas á la Reina del Cielo? ¿osarás ir allí si no te compadeces de mí....?

—No puedo mantener dos familias—dijole su hermana;—vete á buscar socorro en otra parte; ni tú ni los tuyos jamás me han dado nada.

Y la desapiadada mujer cerró la puerta.

La viuda regresó á su casa; sus piernas se doblegaban por la pena y la falta de fuerzas; subió lentamente la escalera, y oyendo sus pasos los niños, salieron á abrir la puerta.

—Madre, ¿nos trae usted pan?

—Todavía no, pero Dios se compadecerá de nosotros.

Estaba suspendida en la pared una imagen de María que iluminaba los últimos rayos del sol poniente. La pobre madre cayó de rodillas:—María—dijo,—dulcísima Reina del Cielo, los hombres nos rechazan, compadeceos de nosotros, sed la madre de todos mis hijos....

Ya habia anochecido, y el cuñado de la viuda que volvió del trabajo para cenar recitó el *Benedicite* y se sentó á la mesa. Había allí alimentos y pan con abundancia; toma un pan y lo parte. ¡Qué horror....! brota mucha sangre de él y queda inmóvil de terror....

—¿Qué es esto, mujer?— exclamó— ¿qué es este terrible milagro?

—¡Ay!— dijo el mujer temblando— esto sucede quizás porque he negado el pan á mi hermana.....

—¿Has negado el pan á tu hermana? ¿á la pobre María? Tu corazón es más duro que la piedra. ¡Ah! voy ahora mismo: los huérfanos han muerto y su sangre clama venganza.

Levantóse en seguida, tomó seis panes y corrió á casa de su cuñada. La puerta estaba cerrada, pero una viva luz salía de la ventana. Llama y nadie le responde; abre la puerta de la habitación: sus ojos quedan deslumbrados por una claridad celestial; en lo alto percibe un espléndido trono y sobre éste una reina incomparable, afable y radiante de luz; á su alrededor almas bienaventuradas que llevaban palmas en la mano y alas como los ángeles; en el suelo los cuerpos dormían en paz su último sueño.

La Reina del Cielo había invitado al banquete eterno de los escogidos á aquellos á quienes los hombres negaban el pan de esta tierra.

Hechos prodigiosos.—Una jóven de Archidona, que se había quedado muda á consecuencia de grave dolencia, acaba de recobrar el habla en una función religiosa que á expensas de sus padres se celebraba en acción de gracias por haber sanado un hermano suyo de penosa enfermedad.

—Hace pocas semanas que en el pueblo de Benimantel (Valencia) ocurrió un hecho verdaderamente prodigioso. Una jóven de quince años, llamada Encarna-

ción Miralles, venia padeciendo por espacio de más de cuatro meses persistente laringitis, con privación completa del uso de la voz. Sus pobres y desconsolados padres habían apurado cuantos medios indicara la ciencia médica para devolver la salud á su querida hija, pero todo en vano. La madre entonces se dirige á su hija y le dice: «Invoca al milagroso San Francisco de Paula, y prométe que llevarás su hábito en lugar de un vestido que tu madre te quería hacer.»

Lo que acabamos de relatar sucedería á la media noche, y al amanecer estaba completamente sana, en medio del asombro de los padres y de cuantas personas se hallaban presentes.

Protestantes y católicos.— Mr. W. Stead, editor del *Pall Mall Gazette*, que denunció la inmoralidad de las costumbres en Londres, ha dado en Edimburgo una conferencia sobre este punto, y en ella se ha expresado de una manera bien favorable al hablar de los católicos. «Yo soy protestante—decía— así como todos mis oyentes; pero es preciso reconocer que si en medio de la pedregumbra moral de la Metrópoli vivieran por vez primera una familia católica y una protestante, ésta se corrompería al cabo de tres ó cuatro años, mientras que aquella seguiría siendo virtuosa.» Y añadía que lo que había visto en Irlanda había venido á confirmar su opinión sobre este punto. «Me ha sorprendido—decía— ver en miserables chozas familias de una virtud edificante. Esto no lo puedo atribuir sino á la influencia del Sacerdote en el confesionario y en el hogar,

cuyos efectos son un verdadero milagro moral, que nadie, por muy ciego que sea, puede menos de reconocer.»

PENSAMIENTOS.

La cadena de nuestra ignorancia es larga. El que no quiere creer mas que lo que comprende jamás creerá nada: en todo hay misterio. Es propio de los necios no ver cosas incomprensibles sino en la religion.

Martinet.

La paz en la tierra consiste en conformarse con las contrariedades de la vida y no en sustraerse á ellas.

Fénelon.

Dad pan, otro dará vino, otro vestido y así la miseria se verá aliviada por el concurso de muchos.

San Gregorio Nazianceno.

El cristiano ha puesto á la caridad, como un pozo inagotable en los desiertos de la vida.

Chateaubriand.

Vivid en la inocencia. Dios os ve.

Lineo.

Es un pensamiento consolador el de que en el charco mas pequeño y fangoso pueda reflejarse el cielo. Recordemos esto cuando nos vemos tentados de rehusar toda inteligencia, toda vida espiritual, á los pobres seres sobre los cuales sin embargo, nuestro Padre celestial hace reflejar su divina imagen.

J. de Maistre.

Toda perfeccion moral y religiosa, consiste en el desprendimiento.

Lavater.

Sin la certidumbre de que existe otro mundo no comprenderia este.

Eugenie de Guérin.

Es preciso merecer los elogios y sustraerse á ellos.

Fénelon.

No hay nada preferible al recuerdo de una buena accion, como no sea el proyecto de hacer otra mejor.

J. Petit Senn.

MISA Y OFICIO

La Misa y Oficio propios de la Santísima Virgen del Rosario, con la autorizacion del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, elegantemente impresos en excelente papel y con rúbrica encarnada, se remiten francos de porte por cincuenta céntimos de peseta.

La Misa sola 25 céntimos.

El Rezo solo 35 id.

Háganse pronto los pedidos á fin de que puedan servirse antes de la festividad de Nuestra Señora.

Centro Católico, Lain-Calvo, 16.

LIBROS DE TEXTO.

Se hallan de venta en el Centro Católico, á precio de las Casas Editoras.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.